

Educación la interioridad en la era digital

Los Teques, Quebrada de la Virgen, 22 al 24 de abril

PEDAGOGÍA DE LA INTERIORIDAD

Miguel del Valle Huerga

“Nos encontramos en un mundo de rocío que cada día se diluye. Las grandes utopías se han volatilizado, los revolucionarios nos han desencantado. Vivimos la amnesia del ser y la desubstanciación del mundo, la era del vacío personal e institucional, la pérdida del sentido vital y social, la constatación amarga de que nadie nos necesita”.

Domingo Natal¹

I. LA INTERIORIDAD, NUEVO PARADIGMA EDUCATIVO

1. Educar en y para la interioridad

No resulta difícil constatar que los criterios que rigen la sociedad cada vez más se mueven por el individualismo, la utilidad y la eficacia. Las energías en el campo educativo se han orientado a crear hombres hábiles, eficaces y competitivos. Se educa invariablemente para el éxito, para el triunfo, para lo espectacular; quizá olvidando el “ser íntimo del hombre”². Resultando, como efecto, la superficialidad en las relaciones interpersonales, el vacío por dentro, con poco o nada que ofrecer. De ahí que los esfuerzos docentes deban encaminarse a la adquisición del arte de pensar de manera crítica y creativa y, por tanto, a que el alumno no sólo adquiera conocimientos sobre las cosas, sino a que busque la verdad sobre sí mismo.

Tal vez por ello, Santiago Sierra proponga “la educación en y para la interioridad” como una necesidad de “ser uno mismo”, frente a la superficialidad y la dispersión, dado que la interioridad tiene mucho que ver con el reconocimiento personal y con el descubrimiento de nuestro ser más íntimo: “Sin duda, el hombre actual necesita una nueva experiencia de la interioridad, necesita comenzar desde el recogimiento y el silencio, y desde ahí ir avanzando hasta llegar a una profunda vida de interioridad. La interioridad nos está hablando de potenciar el ‘hombre interior’, que es la sede de la verdad, frente al hombre exterior, que vive de los sentidos, que se rige por el “me gusta” o el “me apetece”³. Es en el “hombre interior” donde el ser humano encuentra su consistencia y su alimento⁴.

La experiencia de la interioridad es la carrera que tiene como meta el “nosotros mismos”. Educar para la interioridad tiene mucho que ver con educar para el silencio, la admiración, la libertad. El hombre interior es aquel que supera la superficialidad y llega a lo profundo de sí mismo. El ser humano lo es más auténticamente cuando más deja salir su originalidad, cuando es más él mismo, cuando despliega su propio original... porque cada uno es único e irreplicable. El centro de la

¹ D. Natal, “La respuesta agustiniana”, en “Revista Pensamiento Agustiniano” XVIII, Caracas, UCAB, 2003, p. 13.

² Ch. Taylor, Variedades, p. 97.

³ S. Sierra, “Reflexiones desde San Agustín”, en Religión y Cultura, XLII (1996), pp. 587-588.

⁴ San Agustín, Sermón 52, 17.

pedagogía, en clave agustiniana, siempre es el hombre concreto, que oculta dentro de sí enormes tesoros, el más importante, sin duda es Dios⁵.

Parece lógico, por tanto, que el paso obligado para una búsqueda de la verdad con garantías de éxito sea la interioridad; es decir, será en lo “profundo” del hombre, en la intimidad más íntima, donde la verdad se hace presente, y en cierta medida, se impone con fuerza irresistible⁶.

Educadores e educandos están invitados a entenderse con el “Maestro interior”⁷, capaz de fundamentar la relación interpersonal. El educador invita y orienta a cada educando, pero siendo consciente que es desde dentro donde se educa, se preocupa por formar el “*hombre interior*”, que es el que vive según lo mejor de sí mismo, que es ser imagen de Dios. Para formar el hombre interior, es necesario educarse en valores, de ahí que la misión que tiene el “*maestro externo*” es la de hacer posible el encuentro con la verdad, la justicia, la solidaridad...

2. Reinventar la realidad: del “*homo technicus*” a la “*sabiduría interior*”

En su ensayo sobre la interioridad, José Luis Pallarés defiende que el hombre no afirma ni reconquista su identidad con la sola exterioridad, y que reivindicar en una cultura moderna como la nuestra la interioridad es una osadía, un descaro, un insulto al “*homo technicus*”⁸. En la misma línea, el teólogo Leonardo Boff afirma la necesidad de pasar de una cultura del “*tener*” a una “*cultura del ser*”⁹.

La tecnología es producto de la cultura humana, es una invención colosal de la inteligencia y del trabajo del hombre. Como fruto de su creatividad podemos decir que es algo bueno intrínsecamente. No se puede, por tanto, demonizarla de forma ligera, declarando que sea el “*satán*” del mundo contemporáneo. La tecnología como producto humano, es en el peor de los casos “*neutra*”. Su valor como medio e instrumento la convierte en positiva o negativa, dependiendo el uso que el hombre haga de ella. Por otra parte, no es cierto que los avances tecnológicos sean inevitables y que la única solución sea adaptarse a ellos. Por lo tanto, si es cierto que no se debe satanizar la tecnología, sí que es oportuno desmitificarla ante cierto “*culto*” que se le ha dado. Es necesario conocer los efectos de su aplicación, dado que la tecnología carece de conciencia y es incapaz de reflexionar sobre sí misma; el ser humano debe aprender a controlar los poderes surgidos de su propio saber.

El profesor Carl G. Jung, afirma al respecto: “*La cultura occidental, basada en la externalización, ha asfixiado el espíritu*”¹⁰. La solución apunta a la regeneración del agente moral, la recuperación de la “*mismidad*” e “*identidad humana*”, sin dejarse fascinar y arrebatar de las indudables maravillas tecnológicas, que pueden envolvernos en una forma de “*vida hueca*” y “*sin sentido*”.

Educación en la interioridad implica una doble acción: por un lado, posibilitar la emergencia de aquello que brota del interior y, por otro, canalizar este material psíquico para aprovechar su potencial sin distorsionar la vida cotidiana. Esta manera de actuar concuerda con la etiología del término “*educar*”, que procede del verbo latino “*educare*”, que significa “*sacar de dentro*”. Después hay que canalizar todo flujo interior a través de las vías convencionales que nos proporciona la cultura. Este modelo de

⁵ Id., Confesiones, 4, 12.

⁶ Id., La verdadera religión, 39, 72

⁷ Id., Sermón, 145, 3.

⁸ J. L. Pallarés, “La intimidad como valor antropológico y social” en *Diálogo Filosófico*, sept.-dic. 1994, p. 13.

⁹ L. Boff, *Ecología, grito de la tierra, grito de los hombres*, Madrid, Trotta, 1996, p. 117.

¹⁰ C. G. Jung, *Conversaciones con Jung*, Madrid, Guadarrama, 1968, p. 68.

intervención, deductivo y conductista, hace referencia a la segunda etiología del verbo “*educere*”, cuyo significado es “conducir”.

Por medio de esta doble acepción, “*educare-educere*”, se construye “el espacio interior” que es mutable. De igual manera que a través de la alimentación, el ejercicio físico, la medicina y la higiene intervenimos directamente en la construcción de nuestra corporeidad, también es posible entender el interior como una realidad inacabada que tenemos que ir construyendo con las herramientas que la cultura pone a nuestra disposición. Por tanto, es posible actuar sobre la interioridad y modificarla significativamente.

Ciertamente nuestro interior es una realidad tan compleja que desborda nuestros esquemas mentales preconcebidos. Por ello hay una gran tentación de simplificar esta complejidad e ignorar la diversidad de corrientes subterráneas que recorren nuestras profundidades psíquicas. Si marginamos los impulsos inconscientes, estos afloran en los sueños, en situaciones de descontrol, o irrumpen ocasionalmente en un ataque de ira, de angustia, de entusiasmo o de tristeza. También puede afectar a la vida corriente a través de traumas, complejos, bloqueos o inhibiciones; incluso pueden ser somatizados por el propio organismo, generando una dolencia física. Resulta imprescindible, por esto, establecer vías de comunicación con nuestro interior para dialogar con él y reconocer sus necesidades.

El criterio de discernimiento para evaluar el trabajo sobre el interior, es su capacidad para mejorar de manera decisiva la relación con los demás, de forma muy simple: muchos de los conflictos entre los individuos, suelen ser reflejo de problemas personales internos no resueltos satisfactoriamente. Por tanto, un correcto trabajo sobre la propia interioridad tiene que repercutir directamente en las relaciones interpersonales y hay que estar alerta, porque uno de los grandes peligros del cultivo de la interioridad lo constituye precisamente el “ensimismamiento narcisista”, que imposibilita las relaciones interpersonales.

Una de las grandes tareas del recorrido interior es sanear los entresijos de la psique para convertirla en un cristal más nítido. Sólo entonces será posible contemplar el mundo, a los demás y a nosotros mismos más allá de toda máscara y de todo espejismo.

3. El desafío educativo de la interioridad

El ser humano tiene un perfil constitutivamente moral, pues hace referencia a una posición en un espacio abierto respecto de algo que es tenido manifiestamente como un “bien”. De esta manera el hombre se diferencia de todos los demás seres desde la categoría de su “mismidad”. En este sentido la libertad es el ejercicio de la estructura más característica de sí mismo, de aquello por lo cual yo me siento persona humana.

Los criterios por los que se rige la sociedad actual, cada vez más responden a motivaciones de carácter utilitarista, y las energías en el campo educativo se dirigen a crear hombres hábiles, competentes, eficaces y competitivos. Se educa con frecuencia para el “éxito”, para el triunfo. Esta tendencia está llevando a un olvido de la interioridad como núcleo de la dignidad de la persona, resultando como efecto, la superficialidad en las relaciones interpersonales, vacías por dentro con poco o nada que ofrecer. De ahí la propuesta de “educar en y para la interioridad”, como la necesidad de ser uno mismo, de salir del hombre masa, dado que la interioridad tiene mucho que ver con el reconocimiento personal y con el descubrimiento de nuestro ser más íntimo.

La experiencia de la interioridad favorece el encuentro con el “hombre interior” que es la sede básica de la verdad y de la autenticidad, frente al “hombre exterior” que vive de los sentidos, “alterado” en

expresión de Ortega, que con frecuencia se rige por el “me gusta” o “me apetece”. Desde esta perspectiva la labor del educador consiste en invitar y orientar a cada educando, siendo consciente que es desde dentro donde se educa. De ahí la necesidad de formar el “hombre interior”, que es el que vive según razón, según lo más propio y original de su ser, según lo mejor que es y tiene de sí mismo. Llegando a la conclusión que esta pedagogía de raíces agustinianas sigue siendo válida como trasfondo de una educación en actitudes y motivaciones, de una educación para el carácter.

Reivindicar en la cultura moderna la interioridad puede parecer osado. Es cierto que no se pueden demonizar las nuevas tecnologías ni los medios de comunicación, pues son resultado de lo humano y su valor como medio e instrumento se convierte en positivo o negativo dependiendo el uso que se haga de ellos. No obstante, la recuperación de la persona moral, de su “mismidad” e “identidad”, sin dejarse fascinar por la cuota de audiencia que nos envuelven en una forma de vida hueca y sin sentido, se constituye en imperativo educativo. Es necesario regenerar el camino de la “sabiduría interior” para poder vivir en la sociedad del espectáculo sin dejarse victimar por fantasías alienantes.

Asumido el análisis anterior, “educar en la interioridad” nos lleva a construir el “espacio interior” que significa posibilitar la emergencia de una experiencia de vida que brota del interior, canalizar este material para aprovechar su originalidad, atreverse a hacer un viaje al interior de cada cual, iluminar los entresijos y recovecos de la psique humana y beber de la fuente de la propia interioridad.

Se experimenta hoy la paradoja de un sujeto que ha perdido su interioridad e intimidad, de un hombre solitario, pero conectado a las redes sociales, que lo vinculan con los demás individuos, de un mundo donde las relaciones interpersonales no existen, pero predominan las relaciones virtuales.

El camino hacia la verdadera libertad está condicionado por la necesidad de que el sujeto defina su identidad, se reconozca a sí mismo, sepa articular el horizonte de significados en que se mueve y toma una posición frente a la vida.

II. PEDAGOGÍA DE LA INTERIORIDAD

Si hiciéramos la experiencia de salir a la calle y preguntar por el significado de la palabra interioridad, muchos de los entrevistados no acertarían a ofrecernos ninguna respuesta. Alguno diría que es algo relacionado con el mundo oriental, y no faltaría quien lo asociara con autismo o cualquier otra patología. Todo tiene su explicación, porque el hombre contemporáneo está volcado permanentemente hacia la exterioridad. Y a quien anda desparramado en lo exterior, le resulta difícil entrar en su interior.¹¹

¿Cuántos minutos diarios destinan los hombres y mujeres de nuestro tiempo a la reflexión? ¿Qué experiencia tienen los jóvenes acerca del silencio?

Estamos, sin duda, ante una palabra poco común en el lenguaje actual. En mueblerías y establecimientos de decoración, sin embargo, encontramos el término interiorismo, que significa transformar la propia vivienda en un espacio acogedor, personal. Es decir, dar color y calor a ese lugar que es el escenario de nuestra vida. Literalmente, arte de acondicionar, ambientar y decorar los espacios interiores de la arquitectura. ¿No merece, también, atención nuestro mundo interior?

La consigna de san Agustín es clara: *“No salgas fuera de ti; entra en ti mismo”*¹², *“¿Dónde vas?”*

¹¹ San Agustín, El orden, 2,11,30.

¹² San Agustín, La verdadera religión, 39,72-73.

*Vuelve a tu corazón*¹³. Estamos ante el valor central de la pedagogía agustiniana. El ser humano que entra dentro de sí mismo se separa de la vida de los sentidos y vuelve a su corazón¹⁴; es capaz de conocer y conocerse. La ventana de los sentidos sólo permite asomarnos hacia fuera. Podemos contemplar paisajes, conocer el mundo que nos rodea y no saber nada de nosotros mismos¹⁵. Por eso el ser humano sin interioridad es un ser anónimo, sin identidad, sin misterio. La interioridad es el lugar de los grandes encuentros, de las grandes preguntas, de las certezas y convicciones más personales. Es la casa de la "Verdad"¹⁶. Esta dimensión profunda de la persona es lugar privilegiado para la plena humanización y para el encuentro con Dios: "Vuelve a tu corazón y desde él asciende a tu Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano"¹⁷.

1. El camino de la interioridad y la educación

El camino de la interioridad se caracteriza por tres momentos: no salir de sí mismo, volver al corazón y trascenderse. No salgas fuera de ti es la primera consigna. Una invitación a no caer en las redes del vacío y la improvisación. Busca tiempo para estar y hablar contigo mismo. No olvides que tú eres la tarea más importante de tu vida. Acepta la vida como tu gran proyecto. No salir fuera de uno mismo, en ningún caso, supone el olvido de las realidades terrenas y el olvido de los demás.

Vuelve al corazón, entra dentro de ti mismo, no temas alojarte en tu mundo interior. Conócete, valórate. En la interioridad construimos nuestra propia vida. Es en este espacio neurálgico donde decidimos nuestro propio destino. Si queremos conocernos, pasear por nuestros sentimientos, saber a quién amamos de verdad, tenemos que mirar hacia dentro. Late aquí una afirmación fundamental: *"En el interior del hombre está la verdad; es en el interior del hombre donde habita Dios como en su templo; es el interior del hombre donde Cristo, maestro interior, enseña al hombre la verdad"*¹⁸.

Don Miguel de Unamuno describía ese itinerario con estas palabras: *"Avanza en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante. No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día en las olas del tiempo, pero asentado sobre tu roca viva, dentro del mar de la eternidad; el día en la eternidad, es la eternidad, es como debes vivir"*¹⁹.

Trasciéndete a ti mismo. Asímbrete. La búsqueda de la interioridad no es sólo un método de introspección o autoconocimiento. Una interioridad sin trascendencia puede convertirse en narcisismo, misantropía y fría soledad. Trascenderse es salir al encuentro de Dios y empeñarse en la construcción de quien todavía no somos. El camino de la trascendencia es un camino de superación y de esperanza. La falta de autoestima produce un enorme desgaste personal y provoca el sufrimiento y la culpabilidad.

El ser humano aprende por sí mismo, mirando en su propia interioridad, ayudado por el educador. Este principio pedagógico lo recoge la pedagogía contemporánea (Nassif, John Dewey...). El hecho

¹³ Ibid., Tratado sobre la Primera Carta de San Juan, 18,10.

¹⁴ Ibid., Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 18,10.

¹⁵ Ibid., Confesiones, 10,8,15

¹⁶ Ibid., El maestro, 11,38.

¹⁷ Ibid., Sermón, 311,13-14.

¹⁸ Ibid., El maestro 11,38.

¹⁹ M. de Unamuno, Obras selectas. Ed. Plenitud. Madrid, 1965, pp. 183-189.

de que el educador tenga la función de partera, hace que la docencia se convierta en alumbramiento de la verdad que cada uno descubre en su interior²⁰.

Jonas Cohn escribe que *"la educación es la acción de un hombre cabal sobre un hombre total"*²¹. Y Mounier se pregunta: *"¿Cuál es la meta de la educación? No hacer sino despertar personas. Por definición, una persona se suscita por una llamada; no se fabrica por domesticación"*²². El ser humano alcanza su madurez cuando dialoga consigo mismo y se formula, en el claustro de su intimidad, la pregunta por el sentido de su existencia. La primera necesidad humana es ser uno mismo, sentirse persona libre con las riendas de la vida en las manos. Si se siente atrapado por el mundo exterior pasa a ser esclavo, infeliz y confiesa, con León Felipe: Yo no soy nadie.

El hombre sin interioridad, anónimo, apoya su existencia y ocupa las horas en la acción desenfadada. Acepta ser una pieza en el engranaje del trabajo. Para él la vida no es una obra creadora, sino un grito de estopa en la garganta y una gota de asfalto en la retina. Tiene miedo quedarse a solas consigo mismo porque, interiormente, es pura ausencia y se siente deshabitado. Huye, corre, consume...

Cuando nos preguntamos *¿quién soy yo?*, es como si nos asomáramos al brocal de nuestra interioridad y gritáramos: *¿quién está ahí?, ¿quién me habita?* No es el mundo de la psicología, sino una dimensión más profunda que nos desborda. Por eso el hombre exterior no llega a formularse estos interrogantes. Ante las cuestiones últimas se puede pasar de largo o amordazarlas por considerarles sin interés. A veces el trabajo, o eso que llamamos la realidad cotidiana, asfixia la interioridad. Porque la interioridad se alimenta del silencio y la reflexión. La agitación trepidante de la vida merma la capacidad de admiración y de interrogación. Si no somos capaces de aislarnos del cerco de lo urgente, es probable que olvidemos lo importante.

Como tarea pedagógica, se impone ayudar a los alumnos a ser ellos mismos, a aceptar la trama misteriosa y paradójica que configura la existencia humana: no tienen que ser menos de lo que son, pero para ello deben conocerse a sí mismos como condición para amarse a sí mismos.

2. Conocerse, aceptarse, superarse

Tres pasos sugeridos por san Agustín que son necesarios en el proceso de maduración y crecimiento humanos.

Conócete a ti mismo podía leerse en el frontis del Partenón. Con gran fuerza plástica, Agustín dirá: *"Un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas"*²³. El conocimiento de uno mismo pasa, necesariamente, por una profunda y realista identificación con esa trama misteriosa y paradójica que configura la existencia humana.

Una cierta pedagogía del silencio, una mirada atenta sobre sí mismo, que hace crecer los interrogantes. Rainer Maria Rilke escribe en una carta a Franz X. Kappus: *"Sólo hay una cosa necesaria: soledad, gran soledad interior. Hay que entrar dentro de uno mismo y no encontrarse con nadie durante horas, esto es lo que hay que alcanzar. Ser solitario como un niño que está al lado de los adultos, pero que no entiende lo que éstos hacen ni dicen, ni por qué van tan acelerados"*²⁴.

²⁰ San Agustín, El maestro 12,40; 14,45.

²¹ J. Cohn, Pedagogía fundamental, Madrid, Revista de Pedagogía, 1933, pp. 228.

²² E. Mounier, Obras completas. Ed. Sígueme, Salamanca 1988, p. 544.

²³ San Agustín, Comentarios a los Salmos 80,14.

²⁴ R.M. Rilke, Cartas, Ed. Júcar, Barcelona 1987, p. 46.

Esta soledad interior, lejos de significar aislamiento, es punto de encuentro y comunicación con uno mismo, con los demás y con Dios. Así lo expresa Miguel de Unamuno: *“Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos, y, al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos”*²⁵. En la misma línea, Agustín advierte: *“Mientras uno no se conozca a sí mismo, no podrá amar a los demás”*²⁶.

El hombre necesita saber quién es, encontrarse, sentirse a sí mismo. La desilusión, la desesperanza y la inhibición son otras formas de evasión para disimular un vacío insoportable. No existe realidad más honda y más fascinante para el hombre que su propia realidad humana. Estoy delante de mí mismo y tengo que buscarme; sólo así descubro mi verdad y puedo conocerme. Muchos seres humanos se desconocen a sí mismos, acostumbran a ver el mundo pero se pasan de largo a sí mismos: *“Se desplaza la gente para admirar los picos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos ...”*²⁷.

No es suficiente conocerse, hay que aceptarse. Y no es suficiente aceptarse... Cuando invitamos a la interioridad, invitamos a la superación. Lo más grave de un fracaso es que deje abierta en nosotros la herida de la desesperanza. Un problema se agranda cuando su onda expansiva hace crecer el miedo, la inseguridad, la desconfianza. La expresión “Yo soy así... ¿qué quieres que haga?”, encubre comodidad razonada, confesión de impotencia, pasividad estéril. *“Nada está perdido mientras haya ilusión por encontrarlo”*²⁸, *“mientras haya ganas de luchar, hay esperanzas de vencer”*²⁹ y *“procura progresar siempre, no importa la edad en que te encuentres”*³⁰ son consignas de una gran oportunidad en el ámbito de la educación. Los jóvenes viven hoy un cansancio precoz y se instalan, fácilmente, en el conformismo y la apatía. La falta de aceptación propia lleva a la amargura, la falta de superación a la mediocridad. Contrasta la atención por lograr una forma física que permita alcanzar metas deportivas, con la falta de pasión por mantener una cierta musculatura espiritual ante los contratiempos cotidianos.

La persona se descubre a sí misma como misterio. Precisamente porque se asoma al mundo exterior y comienza a indagar el significado de las cosas que ve y los acontecimientos que contempla, se percata de que él mismo es un misterio; entonces surge la pregunta por el sentido. El ser humano se lanza a una doble aventura: ahondar en la propia intimidad y asombrarse frente al mundo en que habita.

Invita a ello Jean Guitton: *“He aquí al mundo ante ti, joven, ¿y qué le falta para que tú comprendas? Simplemente falta que te admires. Para hacer el mundo más maravilloso, más habitable, sólo falta transformar los ojos que lo contemplan. No es el universo el que se esconde, ahí está: siempre ahí; silencioso, mundo, no es el universo el que se escapa y se desnuda: es a ti a quien se le escapa el universo”*³¹.

²⁵ M. de Unamuno. Soledad, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1962, p. 32.

²⁶ San Agustín, Carta 130,4.

²⁷ Ibid., Confesiones, 10,3,15.

²⁸ Ibid., La música 6,23.

²⁹ Ibid., Sermón 154,3.

³⁰ Ibid., El orden 2,3,25.

³¹ J. Guitton, Nuevo arte de pensar. Ed. Encuentro. Madrid, 2000, p. 38.

¿Quién va a ayudar a los jóvenes a descubrir que son seres únicos, irrepetibles, radicalmente diferentes? En el intento de buscar traducción pedagógica a la interioridad, podemos decir que conceptos como persona, autoconciencia, libertad, sentimientos... carecerían de significado si no los sustentara la interioridad. Hasta el punto que la más importante de las intuiciones es la del conocimiento interior, porque en él se revelan las realidades básicas constitutivas de la persona: la identidad, la libertad y la responsabilidad.

3. Hacia una pedagogía de la interioridad

Sin interioridad todo es inercia, rutina, actividad descontrolada, carrera infinita que no lleva a ninguna parte. La interioridad, por el contrario, es centro de control, zona de silencio creador, fuente de inspiración, ventana abierta al asombro, espacio de personalización, lugar de cita con Dios. El camino de acceso a la verdad traspasa estas capas profundas de la personalidad. Si nos movemos en la superficialidad del mundo exterior, sólo podemos percibir la fachada de las personas y de las cosas. El espectáculo es más pobre y más incompleto porque las entrañas de la realidad se escapan a los sentidos.

La percepción valorativa de uno mismo es diferente si se hace desde la superficialidad o desde la interioridad. Una imagen verdadera siempre ofrecerá aptitudes, destrezas, valores... y el contrapunto de algunas sombras. Cuanto más positiva es nuestra autoestima, más preparados estamos para afrontar dificultades y superar conflictos.

Quien se estima suficientemente, posee -en mayor o menor grado- algunas características: la valoración propia como persona, independientemente de lo que pueda hacer o tener; la aceptación tolerante de las propias limitaciones que supone el reconocimiento sereno de las zonas oscuras de la personalidad; la actitud comprensiva y cariñosa hacia sí mismo, que significa estar en paz con los sentimientos y pensamientos propios; la atención a las necesidades, tanto físicas como psíquicas, intelectuales o espirituales. Porque me amo, cuido mi salud, mi cuerpo, mi libertad, mi cultura, mi relación con Dios, con los demás y con la naturaleza, preparo mi futuro... Por aquí puede encaminarse la motivación para el estudio y la prevención de todas las dependencias que roban la libertad personal.

Mientras que la exterioridad conduce a la vida sin memoria y sin proyecto, la interioridad es pasión por la vida, compromiso con una historia singular, experiencia de libertad. Aunque me vea acosado por los gigantes de la publicidad y el ambiente, en el nivel más hondo y personal me descubro libre, único, responsable de mí mismo.

No es suficiente subrayar la importancia de la interioridad como concepto clave de la antropología agustiniana o como valor educativo. Tenemos que atrevernos a diseñar una pedagogía de la interioridad. ¿Qué traducción práctica podemos hacer de esta invitación? ¿Cómo acompañar a los alumnos en el tránsito desde la cultura superficial y la noticia fugaz a la interioridad, el asombro y el misterio? Planteado de otro modo, ¿cómo enseñar a ser y crecer desde dentro?

La interioridad tiene su aprendizaje y el aprendizaje su gradualidad. Un primer obstáculo es la falta de silencio. Silencio interior, sobre todo, como capacidad de separarnos de los acontecimientos y las cosas, y señorío sobre nuestros pensamientos, emociones y sentimientos.

También es necesaria la ayuda del silencio exterior. En un clima despersonalizado e invadido por el ruido, es tan difícil el estudio como el pensamiento. Mucho más la creación artística y la actitud contemplativa ante la vida. Contemplar no es una extraña actividad reservada a los hombres y mujeres que viven detrás de los muros de la clausura monacal, sino que es detenerse en el camino

y dejarse interpelar por las voces del mundo. Quizá sea ésta una de las razones que explican el por qué hoy no abundan entre los alumnos los poetas, los literatos... La agitación permanente y la vida que se alimenta de ruidos sólo producen, por lo general, un arte convencional y mimético.

En palabras de Francesc Torralba: *“El silencio da miedo porque en el silencio se revela lo más íntimo de cada uno, lo más personal e intransferible de cada persona. El silencio propicia el viaje hacia la interioridad, hacia el propio mundo. Y este viaje da miedo, porque a través de él se descubre la propia identidad, la propia personalidad. Las voces ahogan este proceso y lo detienen, pero el silencio lo promueve y hace posible (...). El encuentro con la propia identidad preocupa porque interroga y desafía. Cuando uno vive la experiencia silente, se encuentra totalmente desnudo consigo mismo, más allá de todas las cosas y de todas las máscaras. Entonces el yo aflora con naturalidad, con espontaneidad, y, de este modo, interpela, pregunta, provoca y plantea retos”*³².

La imagen que ofrecemos coincide, de ordinario, con la de unos hombres y mujeres que se mueven deprisa de un lugar a otro y llevan kilos de exámenes y de libros bajo el brazo. Como los temarios siempre son desmedidos, todos los minutos los roba el programa. Sin pretenderlo, la clase participa del ritmo trepidante de la calle.

¿Cómo se puede transparentar que somos hombres y mujeres que valoran la interioridad? No hay preguntas difíciles, sino respuestas. Mucho más cuando nuestro interrogante se refiere al modo de reflejar nuestro mundo más íntimo. Como, en este caso, el lenguaje verbal se muestra débil y pobre, sólo se pueden apuntar algunas pistas de acceso:

- La interioridad no es patrimonio de la religión, sino que nos hace personas psicológicamente y garantiza tanto nuestra libertad como nuestra confianza. Una personalidad equilibrada pasa por el conocimiento, la aceptación y la superación de las propias posibilidades. El autoconocimiento es sinónimo de realismo, la aceptación de serenidad y la superación de esperanza. En el claustro de la interioridad amasamos nuestras opciones, afirmamos nuestras convicciones, trazamos los planos de nuestra vida. La mayor o menor riqueza de este núcleo íntimo sirve de medida a nuestra confianza y nuestra seguridad. Cuando el viento sopla de cara y tenemos que hacer frente a cualquier embate, entra en juego nuestra consistencia interior. La sensación de no poder hacer pie en tierra firme, de no tener ningún amarre en momentos de oleaje, obedece a la experiencia de vacío.
- La interioridad lleva a un modo peculiar de ver y valorar la realidad. En nuestra cultura de exterioridad nos encontramos tan absorbidos por el trabajo productivo, el rendimiento y el consumo, que olvidamos lo que se nos ofrece gratuitamente. El cansancio y el desgaste producidos por la actividad diaria exige el contrapunto de lo gratuito: la naturaleza, el arte, la lectura, el placer de las pequeñas aficiones ...
- En el viaje hacia la interioridad descubrimos que la respuesta a las grandes preguntas de la vida están en uno mismo. Este descubrimiento nos sitúa en el desamparo de tener que encararse con uno mismo, sin excusas y sin máscaras. Ese tuteo íntimo puede causar temor o generar la paz del corazón.
- La cultura actual, dominada por mensajes, discursos e intervenciones “tipo mando a distancia”, no valora el silencio. Callar equivale a ignorancia o carencia de argumentos para defender una causa. El hecho de hablar se equipara a un signo de sabiduría o de capacidad de persuasión.

³² F. Torralba Roselló, *El silencio: un reto educativo*. Ed. PPC, Madrid, 2002, pp. 38-39.

Callar está mal visto. Desde la filosofía popular, sin embargo, se dice que uno es dueño de su silencio y esclavo de sus palabras.

- Hay que recuperar la validez y utilidad del silencio. Una buena batería de preguntas para nuestros alumnos sería: ¿cuántos minutos diarios dedicas a pensar en ti mismo, a hablar contigo mismo?, ¿te sientes el artífice de tu vida, o eres como el navegante que le han montado en una canoa y, sueltas las amarras, avanza por el río sin rumbo fijo? Los acontecimientos inesperados, personales, familiares, internacionales... ¿despiertan en ti la reflexión y el silencio?, ¿qué repercusión tiene el mundo exterior en tu mundo interior? ¿Has descubierto que el silencio es un agente de comunicación que permite transmitir estados de ánimo, sentimientos, vivencias íntimas?
- El silencio es tan importante como la comunicación. Únicamente puede estar con otro quien sabe estar solo. Quien sabe callar, sabe comunicarse. Silencio y palabra, soledad y comunicación profunda no son antagónicos. Si no hay interioridad, el diálogo se queda en intercambio de palabras, sin ese asomarse a la intimidad del otro que posibilita la comunicación.
- La interioridad representa, de algún modo, la casa de los valores. En la interioridad reside la verdad, el Maestro interior, Dios. Sin interioridad, no es posible la cita con uno mismo, porque no hay historia personal, no hay individualidad.
- La interioridad lleva al encuentro con Dios. Despliega una dimensión humana tan importante como es la posibilidad del encuentro con Dios. La vida humana se va abriendo e iluminando desde dentro. Mi historia personal es una gracia, una experiencia de compañía íntima, de amor único y de aceptación incondicional que me hace ser más, me enriquece y me trasciende.

Ante la misión de ser pedagogos de la interioridad puede surgir un sentimiento de impotencia o, por lo menos, la desazón de verse uno desbordado. No todas las personas han bajado a las soledades de su espíritu y tampoco todas han saboreado el silencio interior. Por eso, la educación para la interioridad tropieza, inicialmente, con la falta de pedagogos que, con su vida, emitan y confiesen el mensaje de su propia existencia. Es una misión que presupone una madurez personal muy curtida.

4. Vertebrar los valores clave

Educar a la persona es alimentar y cultivar su triple raíz: mente, corazón y unidad social. La persona humana anhela ardientemente la Verdad, el Bien, la Paz. Desde esa raíz brota y se abre camino la personalidad, que se va realizando hasta desbordar de alegría en la auténtica felicidad. De ese núcleo esencial dimanar, y en él confluyen, los valores primordiales.

4.1. Por la Interioridad, a la Verdad.

El método existencial, a base de experiencia y de intuición de lo que se lleva dentro, hace que la persona se encuentre con el cordón *umbilical* que lo *re-liga* a su Principio. El hombre, entonces, se da cuenta de que no tendría sentido en solitario; de que sólo puede entenderse abierto a la trascendencia, a ese fondo de misterio. Esa *deuda existencial* es la que le genera el *sentimiento religioso*.

Por el camino de la interioridad, se van poniendo en pie las diversas facultades y dimensiones del alma: la *mente* con su criterio de verdad; el *corazón* inquieto con su impulso vital de amor y su anhelo infinito de felicidad; las *semillas* de las aspiraciones universales más íntimas; la unidad intrínseca de todo el género humano y de la entera creación, que encarnan en *común* el plan del Creador. Fiel a

su mundo interior, la persona evita caminar errante por los derroteros del *espejismo de la fascinación*, y cultiva los valores que dan *sentido* auténtico a su vida.

Hay que advertir que el camino de la interioridad no tiene nada que ver con *la introversión*, con la *inmanencia subjetiva*, con el *ensimismamiento*. Sería como mirar fijamente el dedo índice que invita a contemplar las estrellas. La verdad acabaría siendo mero producto del hombre, como querían algunas filosofías antiguas y como proclamarán después las *filosofías modernas y contemporáneas* simplemente humanistas. Esas filosofías buscan a la persona para quedarse en ella. Piensan que la persona es autónoma, autosuficiente, la *libertad absoluta*.

Entronizan al hombre como dueño del ser, del pensar, del querer, del actuar. Como si fuera el hombre quien *crea la verdad*, y no la verdad quien crea al hombre y le invita a *ser su testigo*. El camino indica que es necesario explorar la intimidad para ver que está *habitada*, que está invadida por la *alteridad*.

Es cierto que *dentro* encuentra uno también el eco invasor del *mundanal ruido* y de la propia *subjetividad*. Pero más adentro, en lo más hondo del ser, se intuye y se evoca la presencia del trascendente, que es quien da origen y sentido al ser contingente de la persona humana, y quien lo enardece en el amor de la inmortal sabiduría. Sería torpe pararse en la idea de que *"la verdad habita en el hombre interior"*. Hay que seguir inmediatamente: "Si encuentras que tu naturaleza es mutable, trasciéndete a ti mismo...Tiende, pues, hacia donde se enciende la luz misma de la razón"³³.

La *verdad eterna* se hace historia en el tiempo, se revela encarnada en el criterio humano sobre la verdad; pero es conocida por el *amor*. El turismo interior revela *tres* tendencias al trascendente:

- en el plano *óntico*, por la *re-ligación* de la propia existencia a su *Creador*;
- en el plano *noético*, por el *criterio de toda verdad*, que dimana de la *Luz inconmutable*;
- en el plano *ético*, por el *anhelo de felicidad* del " *corazón inquieto*", que nace y vive *flechado* hacia la Verdad del *Bien Supremo*.

En otras palabras, el método de la interioridad permite:

- sobrevolar la *"memoria de las cosas exteriores"* y liberarse de la torpe solicitud de lo mutable y *corruptible*;
- ahondar en la *"memoria de sí"*, y desvelar en ella la *"Imagen de Dios"*;
- convertirse, al reconocerse criatura, de la *soberbia inicial endiosada*;
- ascender a la *" memoria de Dios"*;
- abrirse del todo a la divinidad, mediante la *obediencia amorosa*.

Hay una diferencia radical entre el *filósofo a secas* y el hombre *religioso*. El filósofo queda encerrado en el *círculo inmanente* de la propia razón, en los mitos, los ritos, la cultura, la ética...; en ellos cifra toda su sabiduría y la misma vida feliz (*antropo-centrismo*). En cambio, el hombre religioso se trasciende, intuye la presencia divina, que es el que ha sembrado y va haciendo germinar desde dentro todo el proyecto hombre (*teo-centrismo*). La *presencia divina* en el *hombre interior* es el gran *"eureka"* del creyente. Este hallazgo el que le hace exclamar a Agustín: *"Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva; tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba; y... me lanzaba sobre esas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera. Brillaste y resplandeciste, y disipaste mi ceguera. Exhalaste tu*

³³ San Agustín, La verdadera religión, 39,72.

*perfume, y respiré y suspiro por Ti. Gusté de Ti. Me tocaste y me abrasé en tu paz*³⁴.

Relacionando estos valores con los pilares de la educación señalados por la UNESCO, se podrían establecer dos itinerarios que apuntan hacia los grandes objetivos de la educación: educar en la interioridad para aprender a ser, educar en la verdad para aprender a conocer, educar en la libertad para aprender a hacer, educar en la amistad para aprender a vivir con los demás, educar en la comunidad para aprender a compartir y cooperar.

Un proyecto educativo para la interioridad, un centro educativo en línea de interioridad será aquel que tenga como columna vertebral esos mismos valores y los presente como propuesta educativa original.

4.2. Escuela que educa para la interioridad

Recogerse interiormente y regresar hacia sí mismo, es una aventura intelectual y espiritual estimulante. Por el contrario, cuando nos distanciamos de la interioridad, centro y eje de nuestra existencia, nos deslizamos por la superficie de los acontecimientos. En lugar de *convertimos*, tratamos de *divertimos*, en lugar de concentrarnos, nos dispersamos. Preferimos hablar antes que pensar. Movernos, no estar quietos, no permitir el lenguaje del silencio que nos recuerde no tiene sentido vivir aturdidos, siempre a galope de un lugar para otro.

En el marco educativo, la biología y la anatomía van orientando al niño y al joven para que conozca su cuerpo, sepa el nombre y el funcionamiento de sus órganos. ¿Quién va a ayudarlo a descubrir que es un ser único, habitado, un incunable irrepitable, y que esa unicidad le viene de poseer un mundo interior propio que tiene que conocer y cultivar porque esas son las raíces de su personalidad?

Teilhard de Chardin escribió una página hermosa sobre el proceso de la interioridad: "*... tomé una lámpara y, abandonando la zona, en apariencia clara de mis ocupaciones, y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de los convencionalismos que iluminan superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo del que urgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida*"³⁵.

A mediados del siglo XIX, Feuerbach proclamó la emancipación de la sensibilidad frente a la razón. En otro extremo, la racionalidad pretendiendo erigirse en clave de interpretación de toda la realidad. Es posible el abrazo entre razón y sentimiento; no estamos ante una disyuntiva sino ante la posibilidad de complementariedad.

La interioridad es un método pedagógico vital. El hombre, para conocerse a sí mismo y para conocer verdaderamente el mundo debe sumergirse en las profundidades de su corazón y de su mente. El camino hacia el interior es el camino hacia lo superior, hacia la autenticidad de nuestro ser. El ir a nuestra interioridad consiste en "*entrar en nosotros mismos, examinamos, juzgamos a solas y sin testigos*"³⁶.

³⁴ San Agustín, Confesiones, 10, 6,8.

³⁵ Teilhard de Chardin, El medio divino, Ed. Taurus, Madrid, 1972, p. 54.

³⁶ San Agustín, Sermón 13,7.

El proceso de interiorización consiste en examinar los sentidos; es contemplar las particularidades cognitivas y el almacén de imágenes -y junto a ellos las realidades presentes en el alma que no han entrado por los sentidos- con la finalidad de que el hombre se conozca a sí mismo. Es una invitación a la reflexión, al encuentro personal, a la verdad de uno mismo. Este principio es lo que posibilita un aprendizaje crítico, significativo y autónomo. La consulta con la interioridad valida la veracidad o falsedad de las enseñanzas del maestro. Por ello, los contenidos educativos deben partir de la realidad de los alumnos y, además, desarrollar problemas de los mismos. Se trata de una educación personalizada y personalizadora, en donde el aprendiz desarrolle su capacidad cognitiva y racional, así como un proceso humanizador.

La interiorización permite el control y señorío del propio mundo interior. Es un proceso de humanización y de libertad porque *"solamente somos libres cuando somos dueños de la propia voluntad"*³⁷. La vuelta al *hombre interior* es el único camino para resolver los problemas vitales del ser humano. Permite vivir la vida como una tarea de fidelidad a uno mismo, en responsabilidad.

4.3. La interioridad se aprende

La interioridad es un programa educativo que oferta al hombre la posibilidad de una *plena posesión de sí*. Es un camino de perfección mediante la libertad, ya que el hombre solamente es libre cuando encuentra en sí mismo la Verdad. Pero, hay que señalar que la libertad no es solamente un autodomínio, sino también la que permite recrear la realidad y transformarla. En consecuencia, el aprendizaje es una construcción de significados por parte del alumno. Por tanto, el aprendizaje empieza por la exploración y el reconocimiento de sí mismo, y culmina en el descubrimiento y disfrute de la verdad, ya que *"no basta con leer mucho y aprender de memoria lo leído... Es preciso comprenderlo y profundizar en su significado"*³⁸.

El aprendizaje inicia verdaderamente, cuando el educando asume el protagonismo del mismo, del cual el educador es acompañante y orientador. El educando aprende, no de las palabras del maestro, sino después de haber relacionado críticamente el conocimiento recibido con la verdad que mora en su interior. Por consiguiente, el proceso del aprendizaje es una defensa de la razón, de la autonomía del hombre, una forma de vida que nace de lo hondo del ser. En consecuencia, todo proceso de aprendizaje supone que el alumno, una vez recibidas las explicaciones del profesor, debe consultar consigo mismo para evaluar la verdad o falsedad de los conocimientos obtenidos. Por consiguiente, la función del maestro es referir al alumno a su propio camino de búsqueda de la verdad - formación-, ya que esta búsqueda es única, particular e insustituible.

La pedagogía de la interioridad llega al hombre de hoy como *asignatura de plena actualidad*³⁹, cuyas líneas pudieran ser expresadas de esta manera:

- a) *No quieras ir fuera*, no salgas de ti mismo. No salir fuera significa no olvidarse de uno mismo. Andar "distráido de sí mismo" se paga con la angustia de la vaciedad, la división de sí mismo contra sí mismo, la dispersión y el descentramiento.
- b) *Entra dentro de ti*, significa volver al corazón, entrar en nuestro propio mundo interior, en la casa de nuestro yo más personal y original. Este "turismo interior" se opone al hombre exiliado, superficial, despersonalizado, turista de la exterioridad, ignorante de sí mismo. El

³⁷ Ibid., El Libre Albedrío, III, 3, 8.

³⁸ Ibid., La catequesis a los principiantes, III, 5.

³⁹ S. Insunza, Recrear la Escuela. OALA. Iquitos, Perú, 2006, pp. 53-69.

hombre interior ve el mundo desde dentro, desde la verdad vivida y experienciada. El diálogo consigo mismo sirve para descubrir y formularse las preguntas básicas en su sentido existencial: ¿quién soy?, ¿a dónde voy?, ¿qué sentido tiene la vida?, ¿cuál es mi fin? Este ejercicio no es fácil. Requiere entrenamiento, asiduidad y esfuerzo.

- c) *Transciéndete a ti*. La interioridad es el peldaño necesario y anterior a la posibilidad de trascenderse, de transformar el soliloquio en diálogo con Dios. Nadie puede vivir sin un Absoluto total y trascendente en que apoyar su existencia.

Educativamente hablando es en y desde la interioridad reflexiva y transcendida desde donde se focaliza la visión, se ilumina la misión, se marcan los objetivos, se concretan las acciones, se definen las metodologías. En definitiva, es desde donde se oferta el estilo educativo de la comunidad educativa. Educar para la interioridad y la trascendencia significa educar para el silencio, para el estudio, para la reflexión, para la consistencia interior, para la autoestima, para la contemplación, para la escucha; educar para la unidad e identidad personales superando el intimismo, potenciando la personalidad abierta y comunicativa; educar para el acercamiento a la realidad con sentido crítico, implicativo y esperanzador; educar para la relación consistente consigo mismo, con los demás y con Dios.

¿Estamos dispuestos a hacer algo con nosotros mismos? La respuesta encierra el drama y la crisis de fondo de nuestro tiempo.

Epílogo

Interioridad, ¿por qué esa palabra? Poner la atención en el propio ser. La abundancia de la información, la inflación de la palabra, el culto al espectáculo, la tiranía de la moda, el hombre-*logo* y las marcas comerciales están produciendo ya una especie de "*hartazgo*"⁴⁰. Se impone un nuevo Renacimiento. Que ese renacimiento va a ser espiritual, no cabe duda. Pero tampoco me cabe duda de que va a ocurrir sobre el gozne de lo que representó en su momento el cultivo de la interioridad.

Entrar dentro de uno mismo. ¿Qué significa eso para el hombre actual? Dicho breve y lacónicamente: significa mirar hacia adentro, luego hacia los lados y finalmente hacia lo alto. Quien lo logre estará abriendo la puerta de un renacimiento posible.

A quienes, por vocación y por profesión, nos toca levantar esa bandera, nos asiste la certeza de que lo esencial en la educación no es la doctrina entregada sino el despertar.

⁴⁰ A. Alegre, El post-modernismo en la ruta hacia un renacimiento posible, en "Revista Pensamiento Agustiniiano" XVIII, Caracas, Ucab, 2003, p. 5-12.